

PAUSANIAS

UNA GUIA TURISTICA MILENARIA

Por
Luis Lavaur

Pudieran no ser de consideración las satisfacciones susceptibles de premiarle al profano el esfuerzo —pues esfuerzo requiere— que por curiosidad pura se enfrente hoy con las páginas de *Ellados Periegesos*, o *Descriptio Graeciae*, como la obra fue aptamente rebautizada por los renacentistas que la redescubrieron. Pero hay algo que con mínimo riesgo a marrar, sí puede garantizársele al valiente lector. Que de todas las satisfacciones imaginables en semejante trance, ninguna capaz de competir en intensidad con la derivada del simple hecho de leerlas, acto que en su misma sencillez inyecta de inmediato, en el ánimo de quien lo lleva a cabo, el disfrute de una sensación singular; la de hallarse leyendo, y en el más contemporáneo sentido del termino, una guía turística de hace mil ochocientos años.

Desde perspectivas turísticas será, pues, seguidamente evaluada, la relativa perfección con que éste hasta hoy por lo general punto menos que olvidado escrito, en su prosa, la verdad sea dicha, desigual y enrevesada, pero enormemente informativa, lograron plasmarse los claros designios perseguidos con su elaboración.

Pausanias.

Poquísimo en concreto es cuanto se sabe acerca de Pausanias, autor de la «Periegesis», como en lo sucesivo será aludida la obra que perpetúa su nombre. Justifica la penuria informativa que la curiosidad de los arqueólogos, pertinaz en este caso, quedó condenada o morderse la cola de su sapiencia al tener que operar recluida en el angosto recinto del propio libro, pues fuera de sus páginas, y aparte de alguna vaga mención al nombre del autor, adherido al de su obra, ni en textos coetáneos, ni entre los de sus imitadores, que se sabe los

tuvo, consta dato complementario alguno que aporte forma y color al esqueleto de su biografía.

Lo cierto es que tras exprimir, rebañar y escurrir la «Periegesis» hasta la última de sus comas, lo único sustantivo, y eso por inferencia, que los eruditos han logrado sacar en limpio, es que Pausanias (a), el Periegeta, de profesión sus viajes, fue un ultrarromanizado griego de provincias, probablemente nacido en Magnesia, allá por Lydia, en el Asia Menor, que vivió bastante y deambuló mucho más. Descartada la improbable eventualidad de que fuera incorregiblemente mendaz, puede asegurarse que conoció Egipto, Arabia, Córcega, Cerdeña, y, por supuesto, Roma y la Italia peninsular.

En cambio, el minucioso detallismo con que el investigado escribió, es lo que siglos después ha proporcionado a sus investigadores cierta compensación para sus pesquisas. La de permitirles cronometrar «ante quem» y sin gran esfuerzo, a veces, hasta el año justo y cabal, las fechas en que redactó algunos de los diez libros o capítulos que componen su obra. Tales averiguaciones, entre otros pormenores, han dilucidado que ninguno de los monumentos que reseña es de fecha posterior a la de 150 A. D., y una referencia directa sobre sí mismo, en presente de indicativo, relativa al año 174, permite situar la biografía del autor perfectamente inscrita en la segunda mitad del siglo II de nuestra era, en otras palabras, en plena Edad de Oro del turismo romano, que de tan notoria manera distinguió a Grecia con su predilección viajera.

El «Lexikon», de Oskar Seiffert, brújula insuperable y de fácil manejo para transitar con despiste mínimo por entre los enrevesados vericuetos del mundo clásico, recoge indicios de que muy bien pudo ser en Roma donde compuso Pausanias el elogio y nostalgia de su Grecia. Teniendo en cuenta que la obra data de tiempos en que toda mente griega con pretensiones hubo de domiciliarse a orillas del Tíber para confirmar allí la alternativa de su valer —por entonces habitó en la capital del mundo un sofista de su mismo nombre— la teoría, si arriesgada, es sumamente tentadora. No sólo porque explicaría la razón de que en la «Periegesis» los tiempos de los verbos adopten forma pretérita, sino porque aportaría la más plausible explicación de que sean tan pocos los párrafos del texto, exentos del influjo impreso por cierta distancia sentimental entre el descriptor y las cosas descritas, que

parece estamparlas en su mente unguidas con la belleza melancólica y adicional de una tenue lejanía.

El Periegeta.

No está de más precisar al máximo el auténtico significado del calificativo adscrito al nombre de Pausanias, pues hay diccionarios en los que equivocadamente como podrá verse, los «periegetas» figuran identificados poco más o menos en la forma siguiente: «En la Grecia antigua, guía que en los templos de Delfas, Olimpia, etc., enseñaban a los visitantes las curiosidades de interés».

Dando por descontado que la definición no versa sobre especie en la ocasión tan incongruente y sedentaria como los sacristanes, el propio texto del «periegeta», Pausanias se encarga de patentizar semejante inexactitud diccionaria.

El «periegeta» puro, en rigurosa concordancia con la etimología del término, fue algo así como el «globe-trotter» de la antigüedad, o mejor aún, el superviajero o trotamundos literario, especies ambas distintas a la del turista, aunque tampoco esté de más indicar de pasada que el vocablo, como sinónimo de turista, ha conseguido sobrevivir en el griego actual (me refiero al idioma), como hace algún tiempo pude comprobar en el aeropuerto de Atenas al escuchar el aviso que una voz femenina carraspeaba por los altavoces del «aerodromos» rogando a los «kyrie periegetoi», con destino a Roma, tuvieran la bondad de subir a bordo de su avión.

Verdad es que por el mundo de los libros solventes el término suele circular rectamente empleado para designar una profesión específica; *verbi gratia*, como lo aplica Menéndez Pelayo al historiar las ideas estéticas, es decir, a modo de escritor turístico del mundo clásico, autor, por ende, de una «Periegesis», especialidad cultivada, entre otros, por Dionisio el Periegeta y algunos literatos ambulantes más, de piernas presumiblemente de excepcional robustez, aunque, eso sí, ninguno con el resuello y perdurabilidad editorial de Pausanias.

Al margen de un clásico.

Nada contribuye a esclarecer las sombras que enturbian la biografía de Pausanias las que envuelven el «curriculum vitae» de su obra, un

misterio de los muchos que proliferan en el ámbito de los libros antañones, que, como es costumbre, radica en el hecho de no haber llegado hasta nosotros un sólo manuscrito, por su vetustez, digno de poder ser considerado como pariente cercano y directo del texto original. Lo probable es que un códice más o menos tardío de la obra llegara a Italia en el siglo XV, y de rebote, como una de las pocas repercusiones favorables para los cristianos de la toma de Constantinopla por los turcos. La explicación de que la obra permaneciera desconocida por la Edad Media pudo obedecer a dos razones a cual más poderosa. Bien a causa de la indiferencia de la teocracia bizantina respecto a la vertiente plástica de la cultura helena, como a la escasa inclinación que los traductores musulmanes exteriorizaron a despilfarrar su talento de infatigables copiones con obras del talante de la «Periegesis».

Luego, ya en Italia, tanto monta que el precioso texto matriz se volatizara abrasado por las llamas que consumieron la biblioteca de antiguos manuscritos, que en los albores del Renacimiento reunió a peso de oro el mecenas o el cardenal, como que pereciera en el palacio o castillo que invadió el condottiere o landsquenete de turno, que enjugó el barro de sus botas, o el sudor de su caballo, con unos rollos marchitos de suave papiro. El caso es que desapareció, y menos mal que no antes de que unos copistas renacentistas lo reprodujeran en el puñadito de códices que de esta obra impar se conservan, cuya unanimidad textual, expresión de una fuente común, certifican cuantos se han molestado en examinarlos con intención comparativa.

La veteranía de estos supérstites códices la ostenta uno denominado el Parisinnus, fechado en 1491, y que en compañía de otra versión, ligeramente posterior, se custodia a orillas del Sena. Gracias al tino coleccionista de los Médicis, Florencia guarda, a pocos pasos del panteón que les hizo Miguel Angel, otra pareja de pergaminos conocidos por Laurentinos, y existen otros, de importancia equivalente, tales como el Lugdunensis (Lyon), el Mosquensis (Moscú) y el Venetus (Venecia), por lo que quien contrajera el capricho de dedicarse a examinar, *in situ*, esta dispersa colección de una de las más venerables reliquias de la literatura turística, se regalaría de propina con un interesante «tour» europeo.

En letras de molde, sus ediciones comienzan con un incunable todo lo estupendo que hubo de nacer al haber sido concebido en los exquisitos torques de Aldo Manuccio (Venecia, 1516). Más tarde, la

obra pasa a ser monopolio casi exclusivo de las prensas alemanas, que la editan reiteradamente, destacando por su calidad la de Spiro (Leipzig, 1903), con la greco-latina de Dindorf (París, 1845), madres prolíficas ambas de la mayoría de las traducciones modernas, pero herederas de la abuela de todas ellas, la versión latina del insigne hijo de Udine, Romolo Quirino Amaseo (1489-1552), catedrático de Padua y Bolonia, autor de la «Pausaniae Accurata Graeciae Descriptio» (Sylburg, 1613), quien de un perito de la autoridad del cardenal Bembo, mereció el calificativo de «il primo umanista d'Italia».

Las primeras versiones a lenguas vernáculas no aparecen hasta el XVIII, como la francesa de Nicholas Gedoyn (Amsterdam, 1733) y la inglesa de Taylor (Londres, 1794), publicadas en su mayoría bajo el prosaico título de «Descripción», o «Guía de Grecia», que es el que ha terminado por prevalecer, suplantando al considerablemente más fiel, genuino, sonoro, bonito y sugerente de «Periegesis».

En el siglo siguiente, el XIX, se multiplican las ediciones de la obra. Hay constancia bibliográfica de algunas al francés, bastantes más al inglés, encabezadas éstas, jerárquicamente y en dimensiones por los seis macizos volúmenes de la hipercrítica edición del mitólogo Frazer (1898), precedida por una excelente introducción y amenizada cada página por un denso diluvio de notas aclaratorias. Es con este impresionante trabajo de erudición con el que provechosamente hemos bregado, pero que salvo casos especiales puede ser perfectamente sustituido por los cinco manejables y escuetos tomitos bilingües de la siempre ubica y accesible colección inglesa de clásicos Leeb (1919).

En tiempos contemporáneos, la notable y persistente preocupación editorial británica por Pausanias corrió peligro de quedar superada, numéricamente al menos, por el pequeño aluvión de ediciones de la obra alemanas y austríacas; el «status quo» ha quedado restablecido de un golpe y con creces, gracias a una masiva edición, en dos baratos tomos, que acaba de lanzar al mercado la colección «Penguin», de Londres, con toda probabilidad, en respuesta al despertar de un interés general por la vieja guía de Pausanias (1).

En lo que a España respecta, da cierto rubor testificar que por culpa, sin lugar a dudas, del carácter endémico del raquitismo padecido

(1) PAUSANIAS. *Guide to Greece*. Traducida por Peter Levi S. J. (Penguin Classics. London, 1971).

por nuestra helenística, para establecer contacto directo en castellano con Pausanias, fue preciso esperar nada menos que hasta 1946, fecha en que aparece la primera versión española de la obra, a cargo de Antonio Tovar, responsable de una traducción monda y lironda y bastante libre, desprovista de prefacio o estudio preliminar, parsimoniosamente editada por la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid, a la que no hace mucho se incorporó la fragmentaria «Descripción de Grecia; Atica y Laconia», presentada por Díaz Tejera, y editada por Aguilar en 1964.

Dado el especial carácter de la obra, en absoluto disuena procurarle consuelo a la demora pensando en que no siempre ha de ser virtud la prontitud.

El don de la oportunidad.

Pausanias —su tono sapientemente cariacontecido y oblicuo ángulo de visión lo revelan— es producto típico de un otoño cultural, un ser con mentalidad de crepúsculo. Perfectamente inserto, por tanto, en el espíritu de aquellos tiempos prósperos y sosegados —y posiblemente un tanto aburridos— en los que le tocó vivir. Un ambiente, el de las postrimerías de la Pax Romana, incitante en grado sumo para sacudir por medio de la venerable terapéutica del turismo el «tedium vitae», que con su contrabando de angustias, infiltrase subrepticio, como sierpe inquietante, por entre los remansos más insípidos del paraíso siempre ficticio y engañoso del bienestar material.

La «Periegesis», texto eminentemente crepuscular, corresponde, pues, a una fase de la civilización occidental perfectamente determinada y refiriéndose al eximio helenista Frazer a una obra que tan a fondo estudió, concluye complacido:

«De ninguna otra parte del mundo antiguo nos ha llegado una descripción tan detallada, completa y verosímil, con la particularidad de que si se me preguntara de qué país y momento desearía disponer de una cosa así, hubiera elegido precisamente la Grecia de los Antonios» (2).

(2) J. G. Frazer. «Pausanias, Description of Greece». (Londres, 1898.)

El deseo suena perfectamente comprensible en boca de un arqueólogo que seguidamente precisa aludiendo al autor: «He came in time, but just in time.» Efectivamente; y podría añadirse que si hubo un dios de la oportunidad agravando el problema de la vivienda en el Olimpo pagano (3), que debió ser fenomenal, pocos mortales entonces tan favorecidos como Pausanias con el divino don de llegar a tiempo. Perfectamente elegido también el recipiente del favor, pues asombra la avidez con que este hombre aprovechó la insólita oportunidad que se le puso a tiro, que no fue otra —y ahí es nada— que la de poder contemplar a vista de pájaro, y en el preciso momento en que el ciclo declinaba en toda su radiante plenitud, las huellas a la sazón visibles que en el solar natal del autor dejó impresas una de las gestas más decentemente impresionantes de las realizadas sobre este planeta por la raza humana: la civilización griega.

Cuando con ojos golosos y pies ligeros inicia Pausanias su «peripateia» sobre el suelo desolado de Grecia, para pasar revista y catalogar las yertas maravillas que circundan su andar, cada uno de sus pasos —léase párrafos— transparenta la lucidez con que el viandante presiente lo crítico del momento. Ante su vista, piedras, mármoles, bronces y colores representan —y él lo sabe— el acto postrero de un gran drama del intelecto humano en el campo de la sensibilidad. El telón del sanseacabó final descende ya sobre la escena para no levantarse más, y la prisa del viajero se acelera espoleada por la preocupación de quien percibe la urgente trascendencia de la misión que está llevando a cabo; la de levantar acta testamentaria de un legado, muy suyo, a punto de evaporarse en fatal dispersión.

La hora es entrañablemente patética. El otoño helénico, el ocaso de un pueblo. Un instante melancólico transido por el débil resplandor de una luz que desfallece agotada por el ingente esfuerzo preciso para mantener vigente durante siglos su radiante intensidad.

Kronos apremia mientras Pausanias camina; al progresar, con su mirada, en ademán de adiós, el viajero acaricia los residuos monumentales de una Grecia de la que él mismo forma parte y que hace tiempo agoniza. Pausanias recorre presuroso y sin descanso las viejas glo-

(3) Bajo la denominación de «Kairos», terminó por concebirlo la época alejandrina que tan buena maña se dio para divinizar, en forma humana, las más sutiles abstracciones del ansia de los mortales.

rias entronizadas en campos de soledad y collados mustios, y mientras avanza anota con literaria gula cuanto vió y oyó. Pero todavía nadie es capaz de caminar sólo del todo por una Grecia poblada aún por la retaguardia de los dioses y héroes en retirada. En más de una encrucijada hubo de salirle al encuentro la rotunda y confortante silueta tallada en piedra bien musculada de Herakles Egemon, piloto del viandante desacarriado, o con frecuencia mayor, le tocaría pasar a la vera del mojón cónico, o «éidolon» de Apolo Agieo, protector de los caminantes. Y hasta es posible que al final de alguna etapa, bajo la temperie clemente y misericordiosa de Grecia, al borde de una vereda y sobre blanco pedestal, la sonrisa marmórea de Aphrodita Euploia —la del buen viajar— compañera gentil de la soledad errante del peregrino, al amanecer saludaría el despertar del viandante incitándole a la suprema delicia del andar y ver. Pausanias, obediente, empuñaría el báculo, y con el morral a la espalda, una y otra vez se aprestaría a regalarse la retina y entristecerse el corazón, enhebrando a su curiosidad inagotable, una y otra vez, por los senderos innumerales de una Grecia hermosa hasta en su agonía.

Leyéndole, se adivinan momentos en los que en el campo visual del viajero parece inyectar más dramatismo aún el duro apotegma de Heráclito, «Panta rei, ouden menei», profecía a punto de cumplirse en toda su plenitud allí mismo donde fue pronunciada, pues, en efecto, «todo influye, nada queda». Y así es. Le basta contemplar su dintorno para comprobar la triste certidumbre del veredicto.

El ímpetu jugoso y muscular de la primavera helénica, así como el ardor y la fiebre creadora de su estío, se han disuelto hace tiempo en lejanías. Es el otoño; pisando los pasos de Pausanias, el invierno de aquella civilización egregia, tan suya, se aproxima inexorable para romper tanta gloria y sepultar en abandono y olvido sus residuos, hasta el amanecer de otra cultura, que los exhume —para volverlos a inhumar— envueltos en sudarios de arqueología y erudición, en el cementerio aséptico de los museos.

Cuántos de aquellos restos yacerían mirándonos desde vitrinas y pedestales mudos y anónimos, con sus nobles gestos convertidos en muecas carentes de significado alguno, si el Destino no hubiera permitido al Pasado perforar posos de olvido multiseccular, para extender hasta nosotros un brazo cargado de supervivencias encerradas intactas.

tas en el estuche mágico de un libro. El de Pausanias. Y habrá de ser justamente la minuciosidad de quien lo escribió, entre todas sus ofrendas, la predilecta de nuestro agradecido interés.

Geografía del viaje.

La exuberancia temática de la «Periegesis», como el alud del digresiones enciclopedistas que apelmazan el «Viaje» del Pausanias español, don Antonio Ponz, disimula en grado considerable que el periplo consignado por el griego en las páginas de su obra, como el del abate valenciano, es helenamente incompleto. Y lo es debido a que las caminatas que lo integran se circunscribieron a la parte central y meridional de Grecia, que, por cierto, coinciden casi al milímetro con las lindes de la provincia romana de Achaia y, en consecuencia, importantes zonas de la Hélade, especialmente las norteñas y occidentales, así como las insulares y vastas comarcas del Asia Menor, «ubi Troia fuit», por ejemplo, muy visitadas por el turista romano de su época, quedaron totalmente marginadas por sus pasos inquisitivos.

Tampoco puede ser en el trance más significativo que Pausanias comenzara su relato por el puerto del Pireo, desde siempre principal acceso turístico de Grecia, incluso por vía aérea. Acto seguido, y como jerárquicamente cumple, encamina su andadura y la atención lectora hacia Atenas, egregia y cercana, y al Atica inmortal. Recorrida luego la marinera Megara, deslízase por la esbelta cintura del istmo, para rendir sus monumentales respetos a la ciudad de Corinto, capital de la Achaia, orgiástica metrópolis de la Grecia romana, y penetrar a continuación por entre las ciclópeas entretelas de la península de Argolia, la arcaica, al encuentro de las ruinas sangrientas de la mítica Mycenas, para descansar de tanta truculencia entre las del vergel balneario de Epidaurus.

De seguido, ligero y retozón, desciende como una caricia furtiva por el muslo más lacónico de la Morea —el de la derecha según se mira un mapa—, reponiéndose de su travesura al introducirse —¿azorado?— por la seriedad del paisaje escueto y mineral de Laconia, para trepar hasta Sparta, capital montaraz de aquella en tiempos especie de Prusia helénica, cuya belicosa impetuosidad tantas veces trajo a la inteligente Atenas, su distante vecina y rival, por la calle de la Amargura

Abandona el corazón duro y violento de la Laconia, descolgándose por las trochas de la Messenia, para volver a subir a lo largo de la cadera más peloponesa de la Morea —la de la izquierda según se mira a un mapa— para desembocar en Elis, y su capital Olympia, olímpica y deportiva, antesala del papel de lija del suelo de la Arcadia, en el centro de la península, el paisaje más truculento y desangelado de toda la Grecia. Un ámbito ciertamente nada idílico ni pastoral, y, lo que son las cosas en su realidad, de fisonomía completamente opuesta por consiguiente al cromo optimista y tecnicolor que con éxito sin igual lanzó en 1500 al mercado libre de los tópicos y los «slogans» el Sannazaro, un napolitano extremadamente imaginativo, que, naturalmente, ni siquiera de lejos vio la región. Allí concluye el libro VIII y la perfecta voluta en espiral que traza su itinerario desde su salida de Atenas.

Desde Arcadia desanda Pausanias sus pasos (libros IX y X), para trasladarse por el norte de la Atica hasta Beocia la gentil, cuna de Herakles y de la tragedia, para rematar su obra, y su «tour», pues de índole circular es su excursión, en la divina Locris, feudo de Apolo y de los grandes oráculos delficos, ahora enmudecidos, no muy lejos por tanto de su punto de partida.

Dos excursiones, pues, comprende su obra; dos itinerarios distintos con arranque en Atenas. No muy extenso el recorrido, pero capaz de abarcar la Grecia esencial. Un itinerario, por consiguiente, singularmente apto para el turista con no demasiado tiempo y enemigo de crearse complicaciones viajeras, y poco propicio a embarcarse fuera de lo indispensable; por maravillosas que fueran las maravillas que atesoraban las islas que festonean como bellos delfines en azul reposo el griego litoral.

La imagen de Grecia, que en su «peripateia» fue Pausanias diseñando, confirma en cierto modo cierta vaga impresión que de su país se nos enquistó en la mente, y sin saber por qué, pero confirmada luego por la realidad, claro está, que con no poco auxilio de la imaginación. Aunque trate de disimularlo, su patria semeja un magnífico escenario hace tiempo desierto y abandonado. Algo así como si alguien hubiera arrancado de la nuestra una gran rebanada del paisaje áspero y silvestre de la Alcarria, con sus cabras y colmenas (pero sin sus embalses), y lo hubiera transportado a orillas del Mediterráneo, para luego entretenerse constelándolo, a golpe de prosa, de dioses,

héroes, mitos, fábulas, soberbia arquitectura y espléndida estatuaria. En resumen, un escenario pintiparado para ser habitado, en tiempos que Pausanias tampoco conoció, por multitud de gente superdotada y bien parecida, dedicada a matar inteligentemente el tiempo que les quedó libre entre guerra y guerra, como se retrataron en sus bellos sepulcros; conversando de perfil y envueltos los cuerpos en niveos lienzos de pliegues majestuosos.

Pero Alcarria o no Alcarria, lo primero que se le nota a este ilustre precedente de cuantos escritores turísticos le seguirán, es que cuanto redactó lo hizo apoyándose en una excelente cualidad que le mantuvo vacunado contra la embriaguez de la hipérbole y el sarampión del papanatismo, y, que de propina, le permitió calibrar con justeza lo mucho que vio. A cada paso revelan su secreto las nada raras menciones comparativas al río Jordán, a Siria, Alejandría, a las pirámides faraónicas, un ramillete de puntos de referencia susceptibles de ser conocidos, al menos de oídas, por su especial tipo de lector, y nada digamos de los lugares de Roma que menciona, tales como el Coliseo, el foro de Trajano, que, como fue anteriormente apuntado, no es imposible el autor los tuviera frente a sus ojos, por lo menos, al dar los toques finales a los últimos libros de su obra.

Guías romanas.

De cuantas estelas deja a su paso el turista, como un viajero su sombra, y si en este momento se prescinde de las más conspicuas, e insolentes muy a menudo por culpa de su incongruente ubicación, tales como moteles, tiendas de «souvenirs» o tablaos flamencos —y sálvense quienes puedan— ningún par más noble, ni tampoco más revelador de una presencia, que el binomio compuesto por el guía y la guía, ánodo y cátodo que polarizan e infunden contenido en la curiosidad a veces desorientada del viajero. Si ello es así, habrá de sorprender la convicción con que la obra de Pausanias demuestra que hace mil ochocientos años se registrase la misma relación de dependencia que en el orden informativo siguen hoy entrelazando a los lados del triángulo esencial del viaje turístico, primordialmente entendido, claro está, como aventura del gusto y del intelecto por el pasado de las cosas; donde reside su verdad.

Si de la versión humana del guía se trata, nada menos que diecinueve referencias concretas a encontronazos con estos profesionales de la información le computamos consignadas en las páginas de su obra.

En cuanto a las guías, y tal como siguen estando las cosas, no podrá tacharse de intempestivo o banal el menor esfuerzo dedicado a establecer con la debida firmeza el hecho incuestionable de que la «Periegesis» no fue otra cosa que una guía turística de la Grecia romana, eventualidad puesta en tela de juicio, de modo tácito o explícito, por más de un analista del fenómeno turístico, que por de pronto evidencia desconocer por completo la existencia de la obra de Pausanias, al negar la existencia en el pasado del sujeto de su interés. Cierto es que la opinión constituye una minoritaria que desentona con la mantenida por cualquiera familiarizado con el texto que nos ocupa. Lo común es que la «Periegesis» de quienes la han consultado merezca calificativos tan expresivos como el de «father of all Baedekers», suscrito por el historiador Will Durant, o el que consta en el Prefacio de una de las ediciones que manejo (la Loeb) donde al interpretar el prologuista el designio perseguido por Pausanias al redactarla, afirma categóricamente que «the reader he has in mind is the tourist who visited Greece for pleasure».

La importancia de dilucidar un extremo para nosotros hace tiempo más que dilucidado radica en que una resolución positiva acerca de la verdadera finalidad de la «Periegesis» implica la admisión automática de la presencia de turistas por Grecia en aquel remoto entonces, y en cantidad apreciable, pues parece caer de su propio peso que sin contar de antemano con la complicidad de una masa lectora de cierta magnitud, a nadie, y mucho menos a un griego decadente y perspicaz, se le hubiera ocurrido invertir tiempo, y sobre todo dinero, en emborronar cosas tan caras como los rollos de «papyrus» precisos para la redacción y edición de un texto de la índole y dimensiones del sometido a escrutinio.

A mayor abundamiento, conviene recordar que no fue Pausanias el único que dedicó su «kalamos» a semejante actividad, y refiriéndose justamente a la especialidad cultivada por él y sus colegas, un moderno historiador belga, se limita a establecer la relación entre una causa y su efecto al señalar:

«Es sobre todo en el siglo II, bajo Adriano, cuando los romanos empiezan a viajar más. Para ellos se crea un nuevo género literario: las guías de viaje» (4).

La misma fecha en que apareció la «Periegesis», al corroborar la observación transcrita, suministra suficientes elementos de juicio para conjeturar la tipología y clase social de sus usuarios, que no pudieron ser otros que los componentes de las bandadas «snobs» de romanos ociosos y acaudalados («honestiores» se autodeterminaron estos privilegiados) que a partir del siglo II de nuestra era, y en número más respetable que su calidad viajera, incurrieron en la acreditada moda de visitar Grecia, el más insigne de sus imperiales dominios. Constituyeron una clientela a quien un pensador de la talla de Spengler la retrata en su exótico marco con rasgos vigorosos y poco encomiásticos:

«En la despoblada Atenas —denuncia el historiador alemán desvainando su tono más acre y apocalíptico— que vivía de los turistas y de las fundaciones de extranjeros opulentos, se enseñaba a la plebe viajera de los nuevos ricos romanos las obras del siglo de Pericles, de las cuales el ricachón romano entendía tan poco como los americanos que visitan hoy la Capilla Sixtina entienden de Miguel Angel» (5).

Al embestir con el despectivo regusto con que el ideólogo puro acostumbra arremeter contra el turista corriente y moliente, Spengler esboza con exactitud palmaria el trasfondo económico de las relaciones mantenidas entre visitantes y visitados sobre suelo heleno. Tampoco caben dudas de que su imagen, de conocerla, no hubiera pasado sin merecer la socarrona aprobación de los atenienses que tan buena maña se dieron para explotar al máximo la despistada curiosidad de sus acaudalados visitantes.

Inscrita en semejante encuadre ambiental es como mejor luce la obra de Pausanias, y ayuda mucho a interpretar como es debido el insólito texto teniendo en cuenta su ambivalencia cultural; es decir, que se trata de una obra griega, de inspiración romana, concebida y compuesta bajo el pacífico imperio de Marco Aurelio, un filósofo estoico que, a su vez, y por cierto a las mil maravillas, pensó y escribió en griego.

(4) Edgar de Bruyne. «Historia de la Estética». Tomo I. Pág. 335. (Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1963.)

(5) Oswald Spengler, «La Decadencia de Occidente». (Ed. Revista de Occidente. Tomo I. Prólogo. Pág. 65.)

Si no suele ser mal sastre quien conoce el paño tampoco puede ser malo el autor familiarizado con el lector para quien escribe. Evidencias internas espigables en la propia obra dan pábulo para conjeturar que la destreza expositiva que a cada paso manifiesta Pausanias debió haberla adquirido actuando como guía-correo al servicio de algunos grupos de los ricachones aludidos por Spengler. Pudo ser en consecuencia alguno de aquellos «graeculi», alertas, movedizos y resabiados, que proliferaban a orillas del Tíber, y que los patricios romanos acostumbraban alquilar en su capital por tres al cuarto para que les sirvieran de acompañantes en su «tour» por una Grecia depauperada, pero eminentemente atractiva todavía.

El discurso de un método.

Trataremos seguidamente de exponer lo típicamente griego que por claro, lúcido, sintético y euclidiano —decir aquí cartesiano sería anacronía excesiva— resultó en la práctica el funcional «modus operandi» escogido por Pausanias para instrumentar su escrito, especialmente a partir del libro III, pues «praxis» o entretenimiento requiere el dominio de toda profesión.

Nos situamos sobre la pista reparando en el hecho de que Pausanias no pudo ver las cosas que refiere en el orden en que las cuenta. De haberlo hecho, su relato hubiera sido rectilíneo, a modo de diario viajero. Prefirió en cambio adoptar un ingenioso artificio expositivo que constituye un acierto técnico incuestionable. Los atractivos de cada «kora» o región que va a describir los compartamentó de modo extremadamente manejable dentro de las fronteras de cada uno de los diez libros componentes de la obra.

Esta pauta geográfica que se marca la rellena de acuerdo con el sistema siguiente: una vez narrada de manera más bien barroca y nada sucinta la historia del distrito a recorrer, salpicado el relato de mitología con generosidad frecuentemente excesiva, procede desde la frontera a la capital de la comarca que se propone escudriñar, tirando por el «odos» —perdón, carretera queremos decir— más directa o principal, inventariando cuanta particularidad de mérito vislumbrara a diestra y siniestra de su camino. Llegado a la «polis», plántase de un salto en su centro, casi invariablemente, el «ágora» o plaza pública, que en aque-

llos sus tiempos, todo centralizado en Roma, de actividad política muy amortiguada, ha revertido a su modesta función original de mercado de abastos y mentidero local.

Tras reseñar exhaustivamente cuanto edificio de campanillas configura a la plaza, sin olvidar la profusa estatuaria que invariablemente la orna, Pausanias enfilará la calle más importante de las que en ella convergen, catalogando cuanto significativo encuentra en el curso de su paseo, para retornar siempre, como un «boomerang», al punto focal de partida, al «ágora», trampolín que utilizará para desencadenar por otra dirección la siguiente embestida de su curiosidad.

Liquidada la «polis», virtualmente idéntico será el método que utilizará a través de cuanta ruta se dispara desde la capital hasta el límite que mal podríamos llamar provincial, anotando todo lo histórico y artístico que descubre en las «demes» de la «kora» que recorre, pues, como buen griego, es primordialmente la impronta estética de la mano y de la imaginación lo único que le interesa, y sólo con carácter muy excepcional reseñará algún dispositivo utilitario o algún atractivo natural muy sobresaliente adherido al paisaje. Alcanzada la frontera, interrumpirá en seco su relato, para recomenzarlo en seguida por otro camino diferente que le conducirá desde la capital de la región hasta el último punto fronterizo. Agotada de esta manera cuanta posibilidad itineraria irradia la «polis» inicial, pero evidentemente intactas sus formidables reservas para la admiración y el asombro, Pausanias se trasladará al distrito vecino para dibujar con sus pasos una especie de margarita, que deshojará, uno tras otro, y en la forma descrita, los pétalos del interés que para el curioso forastero atesora la nueva población y sus alrededores, sin que parezca preciso subrayar la coincidencia con el no menos personalísimo método adoptado en su tarea por herr Karl Baedeker, destinado a convertirse, como es notorio, en el más imitado de todos los imitadores de Pausanias.

Un Baedeker del siglo II.

Entre todas las cualidades y defectos, que de todo hay en la viña exuberante de Pausanias, un rasgo dominante prevalece entre los ringerangos de su agrimensura literaria. Como en un capitel corintio, o en el Transparente de la catedral toledana, oculta bajo la espesa y jugosa hojarasca de mitos, leyendas y consejas con que ornamenta su prosa,

el conjunto, al contrario del Quijote, que es un libro de viajes de la fantasía que desarrolla su curso sobre la marcha y haciendo camino al andar, el de Pausanias en todo momento acusa la presencia, poco perceptible a veces desde fuera, de estar montado sobre el soporte de una estructura simétrica y sólidamente arquiteada.

El plan preciso y funcional que «more geometrico» vértebra a la obra no tiene nada de accidental. Manipulando la cronología, único instrumento disponible para extraer noticias acerca de la elusiva personalidad del autor de la «Periegesis», los investigadores han detectado con nitidez una distancia temporal de catorce a dieciséis años separando la aparición del primer libro, o capítulo, del décimo que concluye la obra.

El texto abunda en otros datos adicionales que corroboran la planificada elaboración del conjunto. De manera particular en un alto en el camino que hace Pausanias en el tercero de sus libros, para repetir, y enfáticamente, el sistema que se ha propuesto seguir y al que ¡por Zeus todopoderoso! se ajustará, «pese a las críticas que me han sido hechas».

No puede ser más obvia la relevancia de su afirmación; no sólo por la cantidad de tesón que trasluce, pues si bien carecemos de fundamento alguno para asegurar, ni imaginar siquiera, que entre romanos vacaciones sin Pausanias hubieran de ser forzosamente vacaciones perdidas, su resolución, por lo reiterativa, demuestra al menos que los primeros libros de su obra ya circulaban en suficiente profusión para despertar comentarios audibles para un autor enfrascado durante años en la culminación de una obra de alcance preciso y prefijado de antemano.

Pero la noticia provoca una pregunta inevitable. ¿Por qué se tomó Pausanias tanto tiempo y trabajo para presentar a sus lectores las cosas con arreglo a un orden tan riguroso? Para semejante pregunta sólo existe una respuesta satisfactoria. La misma probablemente que estará pensando, así lo esperamos, quienquiera nos haya seguido leyendo. Que la «Periegesis» no es, ni pudo ser otra cosa, que una guía turística en la acepción más moderna y rigurosa del vocablo. Ni más ni menos, en suma, que un «baedeker» «avant la lettre».

La guía y el libro de viajes.

Admitamos la posibilidad de que haya a quien le suene anacrónico en demasía oír hablar de «baedekers» circulando hace dieciocho siglos.

Pues bien. Queda el escéptico invitado a cotejar en nuestra compañía las radicales diferencias, que sobre aparentes similitudes, distinguen a una prosa destinada preferentemente a ser saboreada por un lector empujado en un sillón, de otra a la que de manera específica le ha sido asignada la misión de pilotar los pasos del turista, entendido como ente puesto en movimiento con el designio de enterarse bien de la serie de cosas que desfilarán ante su mirada en el curso de su excursión.

Pongamos por caso ilustrativo el de un coruñés de nuestros días, que tras dejarse la barba, se lanza por las húmedas trochas y veredas de la cornisa Cantábrica, «Desde el Miño al Bidasoa», para regresar a su mesa de trabajo, rebotando la mochila de la memoria de noticias destinadas a figurar en párrafos redactados del siguiente modo:

«Antes de llegar a Zumaya la carretera tiene un ramalque va a Cestona, al pie del monte Erchina, no lejos del santuario de Loyola; de Azpeitia sale una desviación que va hasta Tolosa, pasando por Régil, a la sombra del monte Hernio, con sus canteras de jaspe y sus recuerdo de fray Domingo de Herquicia, y de Paulino Uzcudun...»

El párrafo transcrito inocula en la mente de quien disfrute del placer de leerlo la absoluta certidumbre de que se las está habiendo con un literato, y de los óptimos, no exento del deseo de ser admirado, pero sin el más mínimo propósito ni interés de sentar con su viaje un ejemplo a imitar.

Pero cuando dieciocho siglos antes, a su paso por Laconia, otro escritor facilita a su lector indicaciones tan genuinamente lacónicas y útiles como la siguiente:

«A la izquierda de la carretera, hay un santuario a Zeus Scotita; volved del santuario a la carretera, avanzad un poco y tornad a la izquierda para contemplar una estatua de Hércules con un trofeo; seguid caminando y después torcer en el tercer ramal a la derecha, tomar el tramo recto de la carretera, que os llevará a Karajac, con su santuario de Artemis...»

No es lícito dudar, ni tan siquiera por un sólo instante, que lo leído pueda ser otra cosa que el fragmento de una guía turística, con todos sus agravantes, pues si el propósito del redactor hubiera sido el de instruir deleitando a un hipotético y sedentario lector, es inimaginable peor método que el que acaba de ser facilitada muestra.

En absoluto pudo obedecer al logro de literarios primores dedicar

al estado de los caminos griegos atenciones que hoy harían sonreír al conductor de un «jeep», o a cualquier simulacro literario de vagabundo rumbo a la Real Academia. Nula asimismo es la tangencia con la literatura, anotar, de manera perentoria, la modernización de la principal carretera que enlazaba Atenas con Corinto, «que permite pasar dos carruajes en direcciones opuestas», refiriéndose a una ruta en «corniche» sobre los acantilados de Megara, cuyas más peligrosas volutas fueron ensanchadas, y no mucho antes del paso del informador, por nuestro ilustre paisano e incorregible turista el emperador Adriano. Tampoco puede responder a razones de índole estética que un autor se considere en la obligación de prevenir ue el camino de Titane, de sesenta estadios de longitud, a su juicio, resulta demasiado angosto para el discurrir de carruajes, pero que en cambio aguanta bien el paso de vehículos la más larga de las dos carreteras que unen Cleonae con Argos.

Guías turísticas en el mundo clásico.

Para lo que aquí se ventila, mucho más que la información caminera que la «Periegesis» suministra, sin tasa pero con medida, es de agradecer que como testimonio textual de la existencia de turismo en un remoto pasado, la obra, como tal, no se limita a demostrarlo «res ipsa loquitur», al fin y al cabo, aunque elocuente, un modo pasivo que tienen las cosas para evidenciarse.

El libro va mucho más lejos en este sentido, tanto es así, que de seguro sin proponérselo —garantía de autenticidad— su autor se tomó muy a pecho el trabajo de dejar constancia en sus páginas, de que cuando las redactó, por lo menos en la Grecia romana, dábase con intensidad suficiente para hacerse notar, esa vetusta actividad humana —el turismo— que hoy parece incurrir en la necia coquetería —o acaso chochez senil— de tratar de disimular su edad, y sus añejos orígenes, paseándose del brazo de sus jóvenes «descubridores» bajo el afeite presuntamente rejuvenecedor de lo que en resumidas cuentas no es más que un neologismo; anglosajón por más señas.

La prueba en cuestión, conclusiva si las hay, no puede constar en el libro de más explícita manera. Corre a cargo de la relación que Pausanias facilita de los numerosos contactos personales —diecinueve dijimos antes que le contamos— que en el curso de su viaje mantuvo

con la encarnación más típica y representativa que en el orden económico y profesional es capaz de engendrar el turista, por supuesto y «sine quae non», en lugares en que su fugaz presencia prolifera; los guías, naturalmente.

La multiplicidad de términos con que la antigüedad bautizó a estos conspicuos trabajadores del turismo puede producir suficiente confusión para justificar rindamos breve etapa esclarecedora en el ámbito de los diccionarios. Para no trasponer el marco griego, pasaremos de largo y en silencio ante el hecho de que en el mundo romano propiamente dicho, y asociado a lugares y monumentos de relevante interés, no son escasos los textos latinos en los que aparece la figura del «ductor hospites», término —pruébalo y verás— incapaz de admitir otra traducción que no sea la de guía del forastero.

En cambio, con referencia a los «exegetai» de Pausanias, con quienes pensamos detenernos luego por un buen rato, no hay por qué soslayar que en más de un palabrero, el «exégeta» acostumbra figurar como «intérprete de la Sagrada Escritura». Eso, en castellano y en otras lenguas modernas. En buen griego, ocasiones sobrarán para verificar que en tiempos de Pausanias, el «exegetes o «exegetai», como él siempre los llama, desempeñaron funciones de índole infinitamente más plástica, vital, y, por descontado, mercenaria, que la que corrió a cargo de los comentaristas bíblicos.

Como se desprende de la manera en que los definen los buenos diccionarios clásicos, los «exegetai» a palo seco y sin adjetivar, fueron seres de buena labia, que se ganaron el «psomí» (vulgo pan) actuando de cara a una clientela trashumante y forastera, literalmente, en función de explicadores. Idéntica profesión que en la Grecia actual el griego de nuestros días designa con el vocablo de «odigos», y «odigoi» cuando son más de uno. En todo caso, un importante estamento laboral de la diversificada estratigrafía turística, y a poco que se recapacite se llegará a la inevitable conclusión de reputarlo inconcebible por completo de no ser subordinada su existencia al paso reiterado del turista, circunstancia que por su trascendencia confiamos justifique la especialísima atención que pensamos dedicar a la manifestación de la subespecie en el país de Ulises y de tantos otros curiosos «periegetas».

Los guías de Grecia.

Interpretando como es debido las reveladoras huellas que las cosas imprimen en los lenguajes, la considerable antigüedad de la profesión del guía turístico en el mundo al que, culturalmente al menos, Pausanias perteneció, es cuestión sólidamente certificada por testimonios incuestionables. Incluso si por escrúpulos cronológicos o semánticos se prefiere mantener extramuros de lo turístico a los explicadores que según el agradecido testimonio de Herodoto tanta materia prima informativa le suministraron a su paso por Egipto y otros lugares exóticos, o lindantes con el exótero, como el diría.

Puede condenarse impunemente al mismo destino si por la función militar que les fue asignada se descartan el «ermeneus», o intérprete, y los «eidosi ten Koran», o «guías conocedores del país», que en su «Anabasis», o marcha cuesta arriba —que no otra cosa significa anabasis— posibilitaron no poco a los diez mil guerreros al mando de Xenophonte su admirable retirada descendiendo desde las altiplanicies persas a las riberas del Hellesponto, o mar de los griegos. Por ser el «egemon» (con eta inicial) y el «ermeneus» (que comienza con epsilon), guías e intérpretes de aplicación genérica y más viandante que sedentaria su actividad, puede ser lícito aducir que su vínculo con el turismo adolece, entre otros defectos, de problemático por aleatorio y circunstancias.

Conformes con todo ello. Pero cualquier reparo es inválido si de los «exegetai» con los que Pausanias se las hubo se trata, quienes en cuantos textos son mencionados se comportan como guías turísticos por excelencia.

Además de su relativa abundancia en lugares propicios, de los informes que sobre ellos contamos se deduce que como tantas otras peculiaridades inherentes a la entraña inmutable del turismo, que gusta ataviarse con la guardarropía variopinta y cambiante del signo turístico de cada época, tampoco es ni por asomo fenómeno privativo de hoy que sea «rara avis» el guía capaz de satisfacer a todos sus clientes, y mucho menos si le toca pechar con alguno de la alcornia intelectual de un Plutarco, por ejemplo, otro griego archirromanizado, que escribió y viajó lo suyo durante el par de generaciones que precedieron a las de su paisano Pausanias.

El autor de las «Vidas Paralelas» no se salió por las tangentes del eufemismo para exteriorizar el fuerte enojo, que por gárrulas, le produjeron las peroratas de los «exegetai» de Delphos, que se dedicaban a mostrar a los visitantes romanos lo poco que quedaba por enseñar de las maravillas artísticas acumuladas en el gran centro turístico surgido en torno al célebre santuario. En su diatriba estampó una observación de tan modernas resonancias como fue advertir que «cualquier pregunta interpolada en el torrente de sus explicaciones tiende a enmudecerles en seco» (6).

Por favorable, diametralmente opuesto fue el concepto que los guías griegos merecieron de un viajero del rango de Cicerón, hombre de considerable capacidad dual, tanto en cuestiones de lenguaje como en materias turísticas. En el curso de su brillante carrera literaria y forense, se esmeró en poner de manifiesto, casi «ad nauseam», o hasta la saciedad si suena mejor, el poco tiempo perdido para su instrucción durante el prolongado y despacioso «tour» que por Grecia, y comarcas turísticas colindantes, realizó en el año 80, y a los veintiséis de su vida. Su familiaridad con los guías griegos y con su «savoir faire», tuvo ocasión de demostrarla en memorables circunstancias, al interpolar una preciosa alusión al gremio en su formidable requisitoria, llamada «las Verrinas», con la que pulverizó la defensa de Caius Lucinius Verres, el pretor que, como para probar que las desgracias pocas veces vienen solas, le cayó en suerte a Sicilia, tras la conquista de la superhelena isla por los romanos; como se recordará, Verres era un poncio venal que, como para probar la impredecible naturaleza de los renombres históricos, ocupa cierto puesto en los anales de la humanidad en virtud de su desmedida afición a apropiarse por las buenas de cuanta obra de arte despertó su codicia de coleccionista insaciable.

En el curso de aquella «cause célebre», al inventariar Cicerón ante el Senado, con todo lujo de pelos, precios y señales, cada objeto integrante de las rapiñas de Verres, en ciudad tan griega como Siracusa, el elocuente fiscal y perito «connaisseur», remató su alegato con un párrafo efectista, de gran contenido informativo:

«He aquí, señores del jurado —escribió el empedernido retórico en la requisitoria que no tuvo ocasión de pronunciar por incomparecencia del acusado que había puesto pies en polvorosa— por qué dos guías que con-

(6) Plutarco. «De Pythiae oraculis».

ducen a los viajeros ante todo lo que merece ser visto (ii qui hospites ad ea quae visenda sunt solent ducere), mostrándoles los objetos uno a uno (et unumquidque ostendere), a quienes llaman «mistagogos», han tenido que variar su forma de explicar las obras. Antes, mostraban lo que se veía por doquier; ahora se limitan a indicar lo que por doquier ha sido arrebatado» (7).

Si bien es curioso por demás que la profesión ejercida en la expoliada Siracusa por sus guías, descrita por Cicerón con minucioso pormenor, pueda ser aplicable «verbatim» y al milímetro, a la que por análogos motivos le tocó desempeñar a Pausanias, tal vez sea infinitamente más chocante que los llamados «mistagogos» por Cicerón —travesuras de la vida— siglos después serían denominados «cicerones».

Pausanias y sus guías.

No se requiere familiaridad alguna con la historia del turismo, al fin y al cabo, disciplina, que en letras de molde carece todavía de existencia, para comprobar leyendo a Pausanias que aquellos locuaces enjambres de «exegetai», cuya visión tuvo la inveterada virtud de provocar verdaderos arrechuchos de furia en el autor, en nada difieren en lo esencial de las versiones contemporáneas del ilustre y sufrido gremio de los guías que surgen doquier, acuden grupos de seres con el designio de distraerse contemplando cosas o lugares de certificado interés. Son por ello exacto trasunto de los «ciceroni» que merecieron la despectiva mención de Karl Baedeker, y las ráfagas de vejámenes disparados por ambos escritores, en tiempos distintos sólo por distantes, contra un mismo blanco, denotan ser síntomas expresivos de idéntico repudio a admitir el libre juego de la competencia, amén de un deseo no del todo desinteresado, de imponer al turista una discutible hegemonía de la palabra escrita sobre la hablada.

Sin embargo, sometiendo a análisis las razones de la irascibilidad de Pausanias hacia los guías, se desprenden algunas conclusiones de

(7) M. Tullio Cicerón. «Verrinae». (Actio Secunda. «De Signis.») En todo diccionario los «mistagogos» constan como practicantes de funciones de índole sacerdotal en determinados santuarios griegos. En consecuencia, cabe preguntarse si el incongruente empleo del vocablo por Cicerón no pudiera ser imputable a una traducción incorrecta del término «xenagos» o «xenagogos», lo que dejaría las cosas mucho más claras.

signo positivo. Que las víctimas de sus diatribas, como los guías de hoy, fueron unos ciudadanos de tendencias acusadamente individualistas, oriundez autóctona por lo común, dotados de mente despierta y autodidacta —pues el buen guía nace y no se hace— estupendamente enterados de lo que debieron decir —no tanto de lo que debieron callar— sabios en la humana naturaleza, y, por descontado, avezados maestros en la técnica sutil e intuitiva precisa para convertir en amena e inteligible, pongamos por caso, una interpretación suficientemente imaginativa para inyectar interés en la estatuaria que decoraba el frontón de un templo, o del incógnito inquilino que albergó una tumba vetusta y llamativa.

A esta clase de saberes pertenecen los servicios prestados por aquellos «exegetai», que por el estipendio de unos óbolos —quizá de unas dracmas, en el caso de algún romano rumboso y fanfarrón, pródigo en altruismos vistosos y de poca monta— encargábanse de verter en los oídos del curioso viajero, a veces, un tanto más de la justa cantidad de datos que le convenía saber acerca del objeto o lugar que tuviera delante de los ojos. Sus explicaciones, aunque Pausanias no nos lo precise —otros lo hicieron— debieron ser formuladas en griego o latín, superando así aquella absoluta falta de interés exteriorizada por los helenos respecto al conocimiento de lenguas ajenas, o «bárbaras», como sin la menor intención de faltar a nadie, denominaron a cuantas gentes, no helenas, con las que hubieron de entrar en contacto.

Casi siempre sitúa Pausanias a sus «exegetai» a la entrada de templos, santuarios, ruinas históricas y otros lugares de gran renombre, «a boca mina», como vulgarmente podría decirse, esperando pacientemente la arribada de clientes, sin que sea presumible que su presencia en semejantes sitios obedeciera precisamente a amor al arte, como también suele decirse de manera no menos intencionada y vulgar.

Lo deplorable es que casi todas sus alusiones al gremio, como las de cualquier turista chinche y mal educado de nuestros días, hayan de constar invariablemente envueltas en tonos irritados que transpiran densos posos de trifulca y polémica, sin duda alguna a causa de su manía de enmendarles la plana a los guías locales.

Por sacarla a colación sin venir a cuento, esta incompatibilidad radical con sus colegas, se patentiza de modo ostensible, en momento y lugar que no especifica, cuando relamiéndose de gusto relata el tiberio

que les organizó a sus compadres, los «exegetai», de Lydia, al oírles contar que en un lugar de las cercanías aparecieron los restos de nuestro compatriota el rey Geryon, según la conocida leyenda del forzudo viajero Herakles, un ganadero de reses bravas de Andalucía la Baja, al que Pausanias, más falible de lo que se figura, le capitidisminuye no poco al calificarse de «criador de excelentes vacas». El caso es, y a ello íbamos, que como de costumbre no resiste a la tentación de consignar su dasacuerdo con los guías, y en tono jactancioso y condescendiente, proclama su triunfo dialéctico:

«Critiqué su información y les advertí que Geryon estaba en Gadeiros (Cádiz), donde, aunque no su tumba, existía un árbol de formas cambiantes; entonces los guías lydios me relataron la historia verdadera.» (Attika. XXXV.)

Quedaría exenta de mención otra de las pocas alusiones a tema hispano que constan en la obra si pasáramos de largo ante el hecho de lo mejor librados que escapan los guías de Olympia al ser capaces de indicarle que era artesio («así lo dicen al menos»), el bronce que revestía el interior de las dos cámaras del tesoro votivo de los Sykonios, uno de los muchos erígidos en homenaje a Hera en la terraza adyacente a su templo. Seguidamente, para ilustración del lector, transcribe un dato si irrelevante en la ocasión, de sumo interés para nosotros, y que da una idea bastante favorable acerca de los conocimientos geográficos de sus informadores:

«Dicen que Tartessos —anota putualmente Pausanias— es un río de Iberia que desemboca en el mar por dos bocas que abrazan en su centro a la ciudad de Tartessos. El río es el mayor de Iberia y sufre el efecto de las mareas; generaciones posteriores lo llaman Baitis. Algunos creen que la ciudad íbera de Kartia (Carteia) se llamó Tartessos en tiempos antiguos» (Eleia, VI-3.)

En otro pasaje anterior, con escándalo que parece excesivo, y sin duda para no desentonar, registra el delito de lesa información perpetrado a su juicio por los exégetas corintios, al mostrarse incapaces de precisarle, a este obeso de la precisión, la clase exacta de madera en que estaba esculpido determinado «xoanon» que despertó su curiosidad.

Pero Pausanias, como todo humano, tiene sus instantes de debilidad, y a su paso por Argos se registra un momento en el que se

manifiesta inusitadamente comprensivo respecto a las dificultades inherentes a la profesión. Después de transcribir las enrevesadas explicaciones de los guías locales acerca del origen del templo de Asklepios (Esculapio) de la ciudad, Pausanias comenta con un toque de compasión:

«Los "exegetai" argivos se dan cuenta de que no todas sus explicaciones son enteramente correctas; sinembargo, continúan repitiéndolas porque no es fácil hacer a las gentes cambiar de opinión.» (Korinthiaka. XXIII.)

Esta deferencia hacia sus colegas es excepcional. Lo normal es que por un quitame allá esa lápida o ese arquitrabe, Pausanias se dedique a poner en solfa al indefenso «epichorion exegetes» o guía local, aunque como más de un baqueteado guía-correo de nuestros días, en más de una ocasión —y a ver que vida— no tuviera más remedio que recurrir a la imbatible sapiencia del villano en su rincón; como al descender de la Akropolis de Megara, cuando confiesa «el exegéta del lugar me condujo a un sitio llamado, según dicen, Rhus (arroyo)».

En resumen; Pausanias careció de la comprensión que, confrontada con el mismo particular, demostró una colega suya del período romántico, quien en el prefacio de una guía, no de Grecia sino de Roma, escrita para turistas británicos, después de poner a punto de caramelo a los «ciceroni» locales, por lo menos, tuvo el deportivo gesto de reconocer:

«Nuestras peleas con los guías romanos se parecen a las del inválido con sus muletas; distamos de arreglarnos bien con ellos, pero ¡qué sería de nosotros sin su ayuda!» (8).

Grandeza y servidumbre del guía turístico.

Como se observa en quienes parecen derivar mayor fruición enzarzándose con los guías, muchas sabrosas informaciones que engalanan el libro de Pausanias denotan las extrajo de sus malsinados «exégetas». Como seguramente lo hizo invirtiendo, en la frase en que lo

(8) Charlotte Eaton. «Guide of Rome. (Londres, 1820.)

cuenta, el auténtico orden de prelación, al facilitar la versión de la muerte de Pirro a manos de Demeter, por cierto, de manera distinta pero más sugestiva que la referida en los manuales de Mitología. De seguido, con admirable aplomo y sin pestañear siquiera, añade Pausanias: «El guía de este lugar ha escrito un poema que confirma mi historia».

Se redobla la desdeñosa impertinencia de sus alusiones al dispararlas contra un gremio, que gracias a él mismo sabemos contaba poetas entre sus miembros; como «Iophon, guía que contesta en versos hexá metros», y que a uno le entran ganas de haberle podido preguntar algo aunque no hubiera entendido su contestación.

Auténtico fuera de serie en su género hubo de ser el «exegetes» Aristarco, de la plantilla de Olympia, pues logró extraer de Pausanias la admisión de haber aprendido de él una interesantísima serie de pormenores acerca del interesantísimo lugar, los cuales, a primera vista, no parece se tomó la molestia de transmitirnos, aunque reflexionando un poco, es muy probable lo hiciera, sin que sea posible afirmarlo o negarlo por culpa de la execrable costumbre, que excepto cuando le conviene apoyarse en Homero o Herodoto o algún otro autor de notorio prestigio, este incorregible «snob» del saber, raramente se digna identificar las fuentes, anónimas por su culpa, de las que de seguro recogió sus más apasionantes noticias.

Visto lo expuesto, no es preciso ser un lince para colegir que la raíz de gran parte de los problemas suscitados entre Pausanias y sus guías, es la misma que genera multitud de los roces que en el ámbito de la información verbal avinagran hoy los contactos entre los guías y sus parroquianos más propensos a dárselas de enterados en presencia de su mujer o de alguna compañera de autobús. Por un lado, se nota lo poco que el turista repipi y engreído suele tenerle en cuenta al guía que pretende ganarse un jornal cumpliendo con su obligación de ilustrarle, una ventaja que frecuentemente concurre en el profesional. La cantidad de oportunidades que su puesto laboral le proporciona para escuchar a expertos de paso multitud de valiosísimos comentarios, que, a su vez, él transmitirá a la masa turística que contrata sus servicios.

Por otra parte, cierto es que en la mayoría de los casos, tampoco sería hecúleo el esfuerzo necesario al guía de hoy para neutralizar la única ventaja teórica que sobre él suelen poseer Pausanias y la ma-

yoría de los clientes que gustan victimizarle intentando lucirse a sus expensas. En las ocasiones en que se produce el feo espectáculo del supuesto, es fácil localizar el talón de Aquiles del guía profesional más avezado. Acostumbra radicar en que el indudable conocimiento específico que atesora sobre lo que habitualmente explica, no descansa con demasiada frecuencia sobre una base comparativa todo lo amplia que sería de desear.

Hasta los rudos pugilistas cuyas estatuas conmemorativas Pausanias celebró en Olympia con ardor que delata al aficionado, debieron saber que en toda colisión entre un cuerpo dinámico contra otro estático, lo normal es que el que menos se mueve lleve las de perder. De lo que se deduce la simplicidad del modo de subsanar la deficiencia al guía que la padezca. Le bastaría beneficiarse de los frutos que en toda profesión se derivan del ser cocinero antes que fraile, e imitando a Pausanias, gran imitador, practicar la «periegesis»; lo que entre otras cosas le enseñará la axiomática universalidad del precepto de que el turismo bien entendido empieza con uno mismo.

Crítica de la razón viajera.

Confeso o clandestino, para el caso es igual, no hay d'orsiano digno de semejante encomio o reproche (la elección del calificativo es opcional) capaz de ignorar las dosis de ingenio que don Eugenio quintaesenció en su particular «Valle de Josafat», al redactar incisivos epitafios destinados al brevísimo enjambre de preclaras personalidades del ayer, que lograron el nada mezquino honor de ingresar en el selecto panteón de sombras ilustres, que con pluma, genio, papel e íntimas predilecciones suyas, erigió el glosista sin par. He aquí el esculpido «In Memoriam» del autor de la «Periegesis»:

«¡Oh delicioso Babieca! Bendito mil veces tu arrobamiento, mil veces más provechoso para nuestro conocer que la gravedad especializada de cien historiadores.»

Pase con lo de delicioso, que es cuestión de paladar individual. Pero lo cierto es que no parece cuadrarle nada bien lo de babieca a un griego —pongamos por caso— que en la mismísima llanura de Maratón, en la Covadonga o Bailén de su patria, en lugar de postrarse

allí arrobado y enmudecido, abrumado bajo el peso del recuerdo de tanta gloria y heroísmo, tuviera la desfachatez de ponerse a buscarle su quinto pie al gato de un episodio acaecido en aquel lugar una pila de siglos antes de su llegada.

Pues bien, por lo resabiada y escamona actitud tan característicamente turística es la adoptada por Pausanias. Mejor que nadie sabía aquel sabelotodo la firmeza con que el resto de los griegos creían que los cuerpos de los muertos debían ser restituidos a la madre tierra, pues de no hacerlo así, sus atormentados espíritus habrían de vagar como buitres invisibles, atormentado a su vez y sin tregua a los mortales. Más impensable aún que aquella enciclopedia ambulante ignorara la unánime coincidencia que enlazaba a la tradición con los cronistas, acordados todos en certificar la noble deferencia con que los vencedores sepultaron los cadáveres de sus enemigos. Pero Pausanias, siempre pirrónico además de empírico, y suspicaz por naturaleza, sólo confía en sus ojos de lechuza curiosa y confiesa sin sombra de recato: «Aunque los atenienses afirman que enterraron cuidadosamente a los persas, por más que miré, no pude descubrir por allí montoncitos de tierra, ni ningún otro rastro visible de tumbas». Y, por si fuera poco, apostilla un tanto irreverentemente: «para mí, que después del combate los atenienses agarraron los cadáveres de sus enemigos y los arrojaron de cualquier manera por algún barranco cercano».

Pausanias sigue explorando el campo de batalla, y la razón que aduce, por cierto que con escasa convicción, para explicar la existencia en el lugar de un santuario («ierón»), dedicado a Herakles, además de notable, la dota de cierto regusto compostelano. Dice que conmemoraba la aparición en medio de la batalla, y para decidirla, de un hombrón barbudo, de apariencia extremadamente rústica y musculada, que empuñando una mancera de arado a guisa de cachiporra, se puso a machacar cráneos persas como un descosido, y que, como habrá supuesto el lector, y Pausanias se lo corrobora, se evaporó del llano de Maratón tan pronto como la inmortal pelea concluyó a gusto del semidiós y de los antepasados de Pausanias.

Sin embargo, no deja de prestarse a reparos que con base exclusiva a informaciones de esta índole, insoslayables en una obra como la suya, Pausanias haya merecido de algunos tratadistas la calificación de hombre profundamente religioso. Posiblemente lo fue. Pero en relación con su guía, y no hay otro punto de referencia con qué rela-

cionarlo, el calificativo resulta inmerecido a todas luces, pues no cuenta con mejor fundamento que el ofrecido por cualquier autor de una guía turística de Roma o Toledo, de no ser que realizara el semi-milagro de lograr redactarla haciendo caso omiso de iglesias, templos y cementerios a ellos colindantes.

En verdad no es preciso trascender el marco de la «Periegesis» para mantener el supuesto contrapuesto. Que su actitud ante lo sacro es eminentemente crítica, entreverada no pocas veces de escepticismo. Dicho de otro modo; que Pausanias —escribe en el siglo II— en materias religiosas, se manifiesta tan marcadamente ecléctico como la mayoría de sus presuntos lectores, y es evidente que compartía la opinión de su paisano y contemporáneo Luciano de Samosata, quien tras dictaminar en trance viajero que «la verdad es indigesta», añadió la reflexión de que «si Grecia fuera despojada de sus leyendas, sus guías morirían de hambre».

Aunque un guía de la categoría de Pausanias estuviera exento de padecer semejante contratiempo, su responsabilidad de escritor de la era Antoniana le impidió descender al nivel del guía vulgar. Escogió un término medio cifrado en la frecuencia con que el cumplir con su obligación de consignar leyendas míticas o «logoi», se curó en salud anteponiendo a sus juicios prudentes y cautelosos «cuentan», «se piensa», «se dice» o de alguna expresión equivalente al «sic dicitur» de los anticuarios y geógrafos romanos de su tiempo.

Suministra un buen ejemplo de su espíritu racionalista al tropezar «in situ» con el conocido mito de Anteón, un cazador empedernido que tuvo la buena o mala suerte —según se mire, que de mirar se trata— de sorprender a la bella y huraña Afrodita tomándose un baño campestre al aire libre, y lo que fue peor —pues pese a lo mucho que sobre gustos se ha escrito, poco es lo decidido— de ponerse a contemplarla con explicable deleite. De todas formas, un ultraje imperdonable para la diosa pudorosa y desnuda, que lo vengó —para algo era diosa— por arte de divina magia, empaquetando al mirón en pieles de ciervo, con la sana intención de que sus propios perros despedazaran a dentelladas al contemplativo cazador.

Al narrar el luctuoso incidente cinégetico, Pausanias no se aguanta las ganas de terciar saltándose el mito a la torera, e inserta una interpretación del caso, sumamente personal:

«En mi opinión —comenta reflexivamente— los perros de Acteón, sin intervención de la diosa, fueron atacados de una «hydrophobia» que les hizo enloquecer y atacar lo primero con que tropezaron.»

En realidad, es menos contradictorio de lo que parece el que de manera ocasional y a golpe de lógica, desmonte la aparatosa tramoya de ciertos mitos, por sacros y acreditados que fueran, y el que simultáneamente los incorpore masiva e indiscriminadamente a su obra. Lo que su conducta denuncia, además de adelantarse a la mitografía más moderna, es una explicable ambivalencia en su conciencia de autor y su comportamiento ante la proyección religiosa de la Grecia que recorrió, no difiere gran cosa de la de cualquier intelectual romano de la época de Marco Aurelio, confrontado con la misma materia. Como se puede apreciar, observando el tratamiento que en sus manos sufre la fábula de Acteón, no repudia el mito, sino que lo somete a análisis racional, acto totalmente opuesto a un rechazo.

Con arreglo a las consideraciones expuestas, la abrumadora presencia de superfantásticos mitos sacros en la «Periegesis» tiene fácil explicación. En la visita del romano a Grecia, nada más natural y entretenido, que evocar en su escenario genuino los legendarios fundamentos de su religión oficial. En consecuencia, además de poco comercial, hubiera sido impolítico eliminar del menú, que en cierto modo es toda buena guía, uno de los platos favoritos de los turistas para quienes Pausanias confeccionó un texto, como vulgar y gráficamente se dice, primordialmente a gusto de consumidor; o sea, para uso y servicio de los patricios romanos de la era Antoniana.

Poesía y verdad.

Sólo un adicto intransigente de la representación objetiva de la realidad en el arte, osaría reprobar que no todo sean fechas, fichas, fajas, nombres y distancias itinerarias lo que segrega una lectura de la «Periegesis». En cambio, el amante de la diversidad, sirena del Kosmos, extenderá cordial bienvenida a las frecuentísimas ocasiones en que las páginas de la obra sucumben abrumadas bajo la plétora de productos combinados de la realidad y de la imaginación. Contagiado de alborozo, celebrará sean tantas las coyunturas en las que Clío y Euterpe, en lugar de comparecer separadas como entidades

de sustancia independiente y como Herodoto mandó (pero absteniéndose de predicar con el ejemplo), surjan entrelazadas como dos hermanas siamesas, jubilosas y bien avenidas, bailando y triscando, ante la expectación del lector, como bacantes embriagadas y con tan retozona vertiginiosidad, que en multitud de ocasiones resulta imposible deslindar lo acaecido en verdad, de lo puramente fabuloso y legendario.

De entre los cientos de historias o historietas que Pausanias, como guía amante de la amenidad, nos cuenta particiando en ésta, para nosotros, gran mescolanza, le será seguidamente glosada a modo de botón de muestra, una curiosa en extremo, que reaparece casi intacta en Palencia, y once siglos después, cuando en 1380, y según dicen, las mujeres palentinas impidieron por las bravas la entrada en su ciudad de unas tropas inglesas.

Trasladémonos, pues, de la villa de Carrión, donde nada se nos ha perdido en este momento, hasta la capital de la Argólida, para incorporarnos a Pausanias en el curso del escrutinio de rigor que practica sobre cuantas cosas dignas de ser vistas por el prójimo va encontrando durante su paseo por la ciudad.

Al visitar un templo de Artemisa erigido sobre el teatro local, Pausanias echa el freno de su estupor ante un altorrelieve destinado a glorificar la memoria de una poetisa argiva de importancia, llamada —y así como suena— Telesilla. La matrona aparecía erguida junto a una pila de libros y en ademán de encasquetarse un yelmo; en otros términos, algo así como una alegoría sintética de aquel enfático «Discurso de las armas y de las letras» que Cervantes puso en los exaltados labios de Don Quijote.

Al preguntar Pausanias por los méritos contraídos por la dama para ser objeto de semejante distinción, le explicaron que conmemoraba un mal día en el que derrotados lo argivos por los lacedemonios, en el transcurso de una de las incontables trifulcas «políticas», o intermunicipales, que de resultas de su vecindad ambas «polis» hubieron de sostener, los supervivientes de Argos, a quienes las cosas no les fueron demasiado bien, volvieron grupas y se desperdigaron como buenamente pudieron, no exactamente en «anábasis» ordenada, digna de ser perpetuada para pasmo de la posteridad e irritación de los estudiantes de bachiller, por la pluma cronista de un Xenophonte,

sino en fuga ominosa y descarada que dejó tan malparado a su pun-donor militar como indefensos a sus hogares.

Pisando los talones de los fugitivos, y al frente de sus guerreros, acercábase a los muros de Argos el invicto Klemnos, el «strategos» espartano que acababa de zumbarles la badana a los argivos a base de bien y que presumiblemente se aproximaba a la ciudad con la sana intención de saquearla a fondo y sin prisa. Lo probable es que hubiera satisfecho sus designios, de no ser —«cherchons la femme»— por la presencia intramuros de la poetisa, a quien, como inmediatamente se verá, le dio por comportarse como una auténtica tatarabuela de María Pita.

Según le contaron a Pausanias, tan pronto como la avispada Tele-silla se dio cuenta de la gravedad de la situación, lejos de arredrarse y disponer a tomar notas mentales del desastre para redactar una desoladora elegía cuando descargara su furia la borrasca que se cernía sobre Argos, lo que hizo fue movilizar rápidamente a todo el esta-mento femenino de la ciudad congregándolo en el ágora, y después de galvanizarles el ánimo a las afligidas argivas con una estimulante aren-ga, las ordenó rompieran filas conminándolas a personarse en el mismo sitio, trayendo consigo cuanta arma yaciera olvidada por sus hogares, así como las que a guisa de ex-votos colgaban en los muros de los santuarios. Cumplidas sus órdenes, encuadró en forma de compañía de infantería a las improvisadas falangistas —pues en rigor léxico quedaba transformado en falangista todo griego clásico desplegado en orden de combate— y poniéndose al frente de sus comadres las situó por los baluartes del «peribolos», dispuestas todas a pechas aguerrida-mente contra cuanto se les pudiera a tiro de venablo o perol de aceite en ebullición.

Al principio, los lacedemonios no dieron mayor importancia a la contingencia, que reputaron inocua, y dispusieron a eliminarla en un dos por tres. Pero al ser rechazados en la primera escaramuza de tanteo, con energía absolutamente insospechada, se percataron de que la cosa iba en serio y decidieron celebrar un pequeño consejo.

Por lo racional, es inconfundible el griego resabor que segrega la manera con que los lacedemonios enfocaron su predicamento y la veta irónica que inspiró su resolución. Estimaron que si reiteraban sus ataques podían suceder dos cosas. En el supuesto que vencieran a las mujeres, la dosis de gloria que por su proeza iban a cosechar sería

tan escuálida, que, la verdad, no merecía la pena intentarla. Pero en el caso, no del todo improbable, de que las argivas lograran aguantar sus embestidas, presumieron que la rechifla que la noticia de su fracaso produciría por el resto del Peleponeso se iba a oír, por lo menos, hasta en Samotracia. Sopesados los pros y contras del dilema, optaron por empaquetar, dar media vuelta a la derecha, y retirarse con la mayor discreción posible. Exactamente lo que hicieron. Argos se salvó de la quema en aquella ocasión y la historieta de Telesilla encontró feliz colorín colorado en la lápida que había despertado la curiosidad de Pausanias.

Esta, naturalmente, es la versión argiva del suceso y la única conocida. Teniendo en cuenta la relatividad que interviene en la valoración de los episodios históricos, subsiste la nada improbable probabilidad de que en algún templo espartano —que Pausanias no conoció— bien pudo existir otro altorrelieve perpetuando la noble memoria de Klemnos, el invicto strategos, que caballerescamente renunció a entrar triunfalmente en Argos para no asustar a unas inermes mujeres, abandonadas a su triste destino por la cobardía de sus defensores.

En fin. Pudo haber quedado la cosa así de bonita, simétrica problemática y equitativa; por si fuera poco, con moraleja dúplice y de quita y pon. No pudo ser. Todo lo desbarató la intervención de los modernos helenistas dedicados como de costumbre, a estropear las fábulas más sugestivas desmontándolas con el frío destornillador de la crítica histórica de alta precisión. Certificaron estos entrometidos que si bien Telesilla existió, como lo corroboran algunos fragmentos de poemas suyos, incurrieron en la falta de galantería de calificar de pura fantasía el que sus talentos se extendieran al ámbito castrense. Suponen y da la impresión que con razón, que el relieve visto y descrito por Pausanias, debió de ser uno de los millares de estelas votivas dedicadas por toda Grecia a Pallas Athenaia, como el espléndido que bajo el nombre de «Atenea triste» se conserva en el museo de la Acrópolis que domina la capital que ostenta el nombre de la diosa. Por si no fuera bastante insolencia, los eruditos no vacilaron en llevar sus pesquisas todo lo lejos que fue preciso llevarlas para demostrar, y lo que es peor, irrefutablemente, que siglos antes de que nacieran Telesilla y Pausanias, el vecindario de Argos celebraba anualmente una especie de bullicioso carnaval, en el que las mujeres desfilaban en procesión callejera ataviadas con indu-

mentos masculinos, portando las armas de sus maridos, quienes formaban la retaguardia del cortejo vistiendo peplos, velos, collares y otras piezas de femenino atuendo.

Ensamblados estos datos inconexos, con un tanto de suspicacia, brota arrolladora una sospecha. Que la imaginación argiva había entrado en acción retroactiva para entrelazar sobre la superficie de una «stela» el festival con la memoria de la inspirada celebridad local, con vínculos tan rocambolescos que era inevitable que tan historiado relieve dejara de llamar la atención del más distraído visitante de la ciudad. Aunque puestos ya en plan de conjeturas, tampoco hay razón para descartar así como así una posibilidad más verosímil todavía en lides turísticas; que el auténtico origen de la tradición local recogida por Pausanias, como el de otras muchas de su estirpe, bien pudo radicar en una broina inocente que algún argivo zumbón quiso gustarle a un forastero preguntón en demasía.

¿Un catálogo monumental?

Arrostramos el riesgo de que a estas alturas suene más que redundante insistir en lo obvio. De que el máximo valor que la «Periegesis» reviste para el lector moderno, especializado o no, radica en su condición de inventario ordenado de las obras artísticas que el turista romano —no había otros en tiempos de Pausanias— pudo contemplar durante su «tour» por Grecia. Esto sentado, no está de más puntualizar que las referencias a edificios y estatuaria ilustran hasta cierto punto, amueblándola, la imagen de la Grecia clásica obtenible a través de sus más insignes textos, pero preciso es consignar la escasa relación de sus informaciones con lo poquísimos que desde hace mucho puede verse hoy por allí.

Prefirió no entenderlo así Chateaubriand, que utilizó a conciencia y de modo ostensible la obra de Pausanias, para insuflar patina literaria, que siempre viste, en las impresiones que a su paso por Atenas y Corinto, en 1806, recogió el impresionable «periegeta» romántico. De lo que no cabe duda es de que al afirmar:

«Si ce sont les monuments d'Athènes ancienne qu'on désire connaître, la traduction de Pausanias, toute défectueuse qu'elle est, suffit

parfaitement á la foule des lecteurs» (9), el vizconde exagera más de lo permisible al recomendar al turista de su tiempo la «Periegesis» como guía monumental de Atenas.

En realidad, de no ser la muchedumbre («la foule») lectora, a la que Chateaubriand se dirigió muy en su estilo «son et lumière» integrada por arqueólogos pertrechados de palas y piquetas, y del permiso para utilizarlas, poca pudo ser la utilidad derivable de un texto que describe la Atenas del tiempo del emperador Adriano, todavía más reciente que la que en su «Itinerario» Chateaubriand intentó evocar, pero de la que en todo caso ni en 1806, ni ahora, subsiste gran cosa extramuros de la maltratada Acrópolis y del cuidado museo principal de la ciudad.

Ello no quita que la enumeración redactada por Pausanias del acervo artístico visible en la Grecia romana del siglo II sea puntual y actualizada, aunque no gráfica con exceso y sometidas las obras a una valoración estética con frecuencia desconcertante. Tanto es así, que para el lector moderno llega a constituir fuente de no poca perplejidad la reticencia descriptiva ante obras arquitectónicas de la entidad del Partenón y del Erecteion, y el templo de Zeus en Olympia, y produce cierto sobresalto que, en determinado pasaje, ponga por los cuernos de Selene determinado mastín de mármol con uñas de plata. Apurando las cosas, llama bastante la atención cierto predominio en su estimativa de obras pictóricas, rama de la plástica helena de la que sólo contamos pálidos reflejos cerámicos, e estampados en vasos pintados en épocas pre-romanos.

Lo curioso es que cuando para un romano de la categoría de Plinio la pintura en su tiempo, anterior al de Pausanias, era un arte moribundo, parecía disfrutar de excelente salud en el clima de la Grecia que Pausanias visitó. Así se desprende de lo singularmente vivas y animadas que parecen las tablas y frescos descritos en la «Periegesis». Dan la impresión de poseer alta calidad estética y cromatismo de insospechada riqueza, subrayada por los elogios que le despiertan las pinturas contempladas que, a su vez, patentizan notables paralelismos de su

(9) R. de Chateaubriand. «Itinéraire de Paris á Jérusalem» (1811). El escritor parece aludir al «Pausanias ou voyage historique de la Grèce», de Nicholas Gedyon (4 tomos, Amsterdam, 1773). Viene a cuento consignar que el mismo año en que Chateaubriand se encontraba de visita por Atenas, en París aparecía la obra «Le Pausanias Français. Salon de 1806», de un tal Chaussard.

actitud ante esta rama de las bellas artes, con la adoptada por el turista corriente y moliente de todos los tiempos, ente que tampoco acostumbra preocuparse gran cosa de calidades técnicas y otras sutilezas, prefiriendo concentrar su atención en el asunto y su representación.

Donde mejor se le nota a Pausanias esta beocia manera de sentir la pintura es en el curso de su visita de inspección por los soportales del ágora ateniense, a cuyo abrigo se fraguó la filosofía estoica, el famoso «*stoa poikile*», el pórtico pintado, así llamado, como aclara Pausanias, un tanto superfluamente si pensara ser leído por griegos, «a causa de sus pinturas». En tan insigne paraje se detiene algo más de lo que acostumbra ante un fresco que representaba cierta batalla entre áticos y lacedemonios allá por tierras de Argos. A la composición Pausanias opone un reparo, a su leal entender, grave y pertinente:

«La pintura no reproduce —indica en tono reprobatorio— el momento culminante de la batalla, cuando la acción ha progresado lo suficiente para que se desarrollen gestas valerosas, sino el inicio de la lucha, cuando se van aproximando los combatientes.»

Salta a la vista que su visión, por lo pedestre y absoluta carencia de sentido clásico, parece más propia de un «*petit rentier*» romano en vacaciones que de un griego de pura raza. Ciertamente es que la crítica de su crítica exige en su caso cierta matización, puesta de relieve por algunos asiduos estudiantes de la «*Periegesis*». Cribándola con cuidado pueden espigarse indicios de que Pausanias tenía teorías estéticas propias, coincidentes con las neoplatónicas, que en los tiempos en los que le tocó vivir y ganarse la vida, privaban en los círculos más cultivados de Roma, no necesariamente entre los más viajeros. El que las dejara en el tintero, sustituyéndolas por comentarios más bien ramplones, quizá sea un dato más expresivo del designio de atemperar su texto a las modestas apetencias o «*desiderata*» experimentadas en este apartado por la turística grey para la que escribió.

Por lo general, y en línea con anteriores observaciones, son pocos los juicios de valor que emite Pausanias, sustituyéndolos por prudentes y expeditivos «*emoi dokein theas axion*», o sea, «en mi opinión digno de ser visto», equivalente a los «*videnda*» de las guías romanas y medievales, o a las estrellitas, solitarias o acompañadas, que las guías modernas adhieren al costado de los lugares y hoteles notables que catalogan.

Otra cualidad que potencia considerablemente a su obra ante la estimativa moderna es su cuidado en presentar a los monumentos en el estado en que los contempló, por lamentable que fuera. No es por ello infrecuente encontrarle referencias a templos carentes de puertas y techumbres, a murallas derruidas, a edificios maculados por la negra rúbrica de un incendio o por cualquier otra especie de cicatriz expresiva de la violencia con que los griegos dirimieron sus discordias intestinas. Tampoco es nada inusitado que al ingresar en algún templo o santuario nos indique, con comprensible congoja, que la imagen que en su interior se venera es de piedra, madera o yeso y, por si fuera poco, de moderna confección. Pero que la original, la auténtica, la genuina... «arkaion es Romen».

Es una frase que trasluce la angustia con que un griego venido a menos se ve obligado a informar que la ausente, aquella maravilla esculpida en mármol pentélico de casi humana calidad, con venitas azuladas veteando la morenez de su dorada albura, que aquella maravilla... ya no está en su lugar; que la verdadera, la antigua... «arkaion es Romen», se halla en Roma. Una penetrante alusión al bandolerismo escultórico que en grado superlativo perpetraron sobre el suelo inerte de Grecia rapaces oleadas de generales, emperadores, procónsules, senadores y «philokaloi» romanos que, comparativamente hablando, y por si el punto de referencia sirve de algún consuelo, convierten en burdo carterismo el vindicativo coleccionismo pictórico con que los mariscales de Napoleón endulzaron el amargor producido por las derrotas guerrilleras sufridas en suelo español.

Patrono de la arqueología clásica.

«Often the archeologist's best friend» (10), es como califica a Pausanias, en una célebre obra de vulgarización, un arqueólogo americano, aludiendo a una cualidad extraturística, pero de capital importancia, que se desprende leyéndole la «Periegesis», tatarabuela y modélico arquetipo de toda guía comprometida a otorgar sitio preciso para cada cosa descrita.

Enorme es, en efecto, la deuda que nuestro saber y civilización tienen contraída con la minucia con que Pausanias, amigo del arqueólogo,

(10) Paul MacKendrick. «The Greek stones speak» (New York, 1962).

ubica en su libro cuanto vio. Ella fue la virtud que dotó de tino y aliento a las pesquisas de un grupo de arqueólogos alemanes, que bajo la dirección de Ernst Curtius, llegaron en 1875 a Olympia con un objetivo ambicioso y específico: el de encontrar cierta estatua esculpida en mármol por Praxiteles (y bien descrita por Pausanias) que representaba a Hermes, abogado del viajero, del comercio y de la trapisonda, con un antebrazo extendido sobre el que cabalgaba la figura risueña y gordinflona de su hermanito Dyonisios, patrón del buen vino, el teatro, la jarana y de algunas otras desabrochadas eutrapelias del existir.

No les fue difícil dar con tan preciado tesoro. Tan pronto comenzaron a remover la broza centenaria que maculaba el arruinado interior del templo de Hera, madre de Hermes, localizaron en un dos por tres las bases de la segunda y tercera pilastras del testero norte, en cuyo intercolumnio había Pausanias ubicado la estatua. Bastóles profundizar un poco más su excavación y ¡catapún! en el lugar intuido, caído de bruces y enterrado bajo áspera mortaja de cascote y escombros, poco más o menos en el preciso lugar en el que el libro en mejores tiempos lo había situado, como un superviviente que magullado y maltrecho emerge por entre los residuos producidos por el naufragio de una civilización, con sus piernas fracturadas y un brazo de menos, pero artísticamente vivo, reapareció a la luz del día para pasmo y deleite de la humanidad, el perdido Cristobalón que los alemanes andaban buscando, obra maestra si las hay, admirada hoy por todo turista que visite el breve pero selectísimo museo de Olympia (11).

Al siguiente año, y en otro lugar del Peloponeso, un arqueólogo «amateur», también alemán, utilizaba el mágico libro como breviario para desenterrar frutos más sabrosos todavía. Se trataba de Heinrich Schliemann, y la casi ilimitada confianza que este hombre depositó en las informaciones de Pausanias encuentra fiel reflejo en el hecho asombroso, y comprobado, que se lo aprendió de memoria.

Su sensacional descubrimiento en Mycenas de lo que por algún tiempo creyó tratarse de la tumba del rey Agamenón, el «magnifique

(11) De aceptar como válida la tesis irrefutable mantenida por Sheila Adam en su «The Technique of Greek Sculpture» (1966), quedamos confrontados con la desoladora, pero triste verdad, de que una escultura a la que la Historia del Arte (Salvat), la más leída por el español, califica como «el mármol más precioso que nos haya legado la antigüedad, después de las estatuas del Partenón», no sería producto original de los cinceles de Praxiteles, como Pausanias y el resto de la humanidad interesada en estas cuestiones vino creyendo, sino una finísima copia helenística de la obra.

cocu» que conquistó Troya mientras le conquistaban la esposa a domicilio, de Electra su hija, y de su esclava Casandra, es decir, del «tesoro» o panteón de varios personajes de la trágica y sanguinolenta dinastía átrida, que exterminándose mutuamente desfilan por la *Ilíada* homérica y la «Orestíada», de Esquilo, de hecho tuvo su origen en rumiadísimas lecturas de su Pausanias por parte del descubridor.

Lo estupendo del hallazgo se incrementa teniendo presente que el inglés Dudwell y el alemán Curtius anduvieron no mucho antes por Mycenae aproximadamente en pos de lo mismo. Pero cometieron el error de excavar demasiado intramuros de la ciudad, lo que equivalió a divagar por las ramas arqueológicas como aquél que dice. Obedeció su equivocación a interpretar «*verbatim*», y sin la desconfianza debida, el vocabulario de Pausanias; concretamente, los términos de aquel párrafo en el que refiriéndose a los trágicos adúlteros que asesinaron a Agamenón, Pausanias escribió: «*Klytaimnestra de etapke Aigisthos oligon apotero tou teikous...*», o sea «Clitemnestra y Egisto están enterrados a cierta distancia de la muralla, pues se les consideró indignos de ser sepultados en su interior, donde yacían Agamenón y los que fueron asesinados con él». Pero por lo visto, y seguidamente será comprobado, en la mítica Mycenae, rica en oro, según Homero la bautizó, y a Schliemann no le pasó inadvertido, cuna de héroes y magnos homicidas, unos interiores eran más interiores que otros, y viceversa.

El caso fue que poco después de abandonar sus pesquisas los arqueólogos profesionales, acampó en agosto de 1874 por entre las ruinas desiertas de la ciudad, el inquieto pero concienzudo Schliemann, que llegaba con aires de zahorí propulsado por la fe que en su instinto le produjo el exitazo recién obtenido en Troya, utilizando a la «*Ilíada*» como varita mágica. Bastante más cuco que sus predecesores, se enfrentó con los restos de la ciudadela Átrida percatado de cierta imprecisión terminológica, en la que, inconscientemente de seguro, incurría a veces Pausanias al referirse a murallas. Una por una, y con paciencia de benedictino teutón, Schliemann analizó y sopesó cuanta ocasión se usaba en el libro «*teikos*» y las que se empleó «*peribolos*», voces prácticamente sinónimas, pero en las que el analítico lector creyó percibir sutiles matices diferenciales en cuanto a su aplicación; sus suspicacias las centró en determinado párrafo de la «*Periegesis*», en el que al describir un «*ágora*» (en realidad un «*hierón*»), Pausanias informaba que

«en tiempos antiguos las tumbas de los héroes quedaban en el centro de la Asamblea».

Schliemann tomó buena nota de la indicación, y tan pronto como la remolona burocracia de Atenas le extendió el indispensable permiso para comenzar los trabajos, púsose a excavar extramuros del robusto «teikos» de Mycenae, pero a diferencia de Dudwell y Curtius, intramuros del «peribolos» de la ciudad. El caso es, que como tenía por costumbre dió en la diana. En un viejo recinto circular parecido a una placita de toros, inserta dentro del arruinado recinto pelágico, y a diez o quince pasos a la derecha conforme se franquea la puerta en cuyo dintel siguen juntando sus decapitados corpachones para posar ante las cámaras de los turistas el conocido par de leonas milenarias, que Pausanias no dejó de mencionar, tardó poco en extraer a la luz del día unas tumbas habitadas por unos enojadísimos esqueletos. Al descubrir en la quinta un cráneo, cuya faz desaparecía cubierta por una máscara de oro macizo —gala máxima hoy del Arqueológico de Atenas— Schliemann recogió con manos temblorosas aquel alucinante rostro barbudo para besar, con pasión incontenible, los que supuso labios de Agamenón.

Como las pasiones violentas, además de cegar a sus víctimas, les incitan proclamar a todos los vientos su dicha, es hasta cierto punto disculpable, que ebrio de entusiasmo el afortunado Schliemann se precipitara a cursar desde Argos un famoso telegrama (noviembre de 1876), en el que trabucando genealogías con dinastía felicitaba calorosamente al rey Jorge de Grecia (un danés) por haberle descubierto «las tumbas de sus antepasados».

Como Colón y otros grandes descubridores «amateurs» que en el mundo han sido, Schliemann murió autoconvencido de haber encontrado lo que anduvo buscando. Sin embargo, aunque menos espectacular y novelesco que los despojos mortales de varios personajes de la «Ilíada», era de superior importancia su portentoso hallazgo, pues en arqueología los años priman sobre la belleza, y la edad de las valiosísimas joyas que encontró procedía en varios siglos a nacimiento de Agamenón.

Ahora bien; justicia impone reconocer que pese a la insuperable maestría con que Schliemann manipuló su instinto y su Pausanias, poco hubiera conseguido excavando de no contar con la fenomenal suerte que al acaudalado arqueólogo acompañó en cuanto emprendió; contó con

la complicidad benevolente de una voluble y caprichosa entidad, la diosa Tiké (la fortuna de los romanos) que un griego de casta, en su caso, no hubiera dejado de asociar a sus éxitos en términos agradecidos.

La moraleja del suceso nos enseña que si algo aprendemos en los cuentos de hadas es que lo maravilloso no es sustancia perecedera. Por eso el viejo Pausanias, como un genio de su botella, puede emerger de su libro en el instante menos pensado para volver a ser noticia. Tal es el vaticinio que palpita en un juicio emitido por Frazer sobre texto tan singular:

«Sin él la mayoría de las ruinas de Grecia serían laberinto huérfano de plano, jeroglífico sin descifrar. Pero este libro suministra la pista del laberinto y la respuesta a multitud de incógnitas.»

En efecto. Y si contra lo que digan refranes, pruebas son buenas razones, no hay razón alguna para estimar agotadas las posibilidades de futuras sorpresas cuyo sésamo continúa camuflado en el ubérrimo yacimiento de mágicas confidencias emulsionadas en la prosa, a veces cabalística, de la «Periegesis».

Hablando de pruebas, conclusiva en grado superlativo fue la no hace mucho aportada por cierta información de la Reuter, de fecha 23 de junio de 1970, que, como la mayoría de la prensa mundial, reprodujo en su día el diario madrileño que tengo ante la vista. Anúnciase allí que un grupo de arqueólogos americanos, excavando a la sombra de la Acrópolis en el chato solar donde en tiempos se elevó el «ágora» ateniense, descubrió ni más ni menos que la habitación en la que Sócrates fue condenado a muerte por los mandamases de la ciudad, acusado, irónicamente, de acaudillar un movimiento subversivo juvenil «de derechas». Los términos en los que el jefe de los trabajos, Mr. Theodore L. Shear Jr., de la Universidad de Princeton se expresa para explicar las circunstancias que posibilitaron su sorprendente hallazgo —citaré literalmente la noticia periodística— suenan, a cien años repetidas, como eco fidedigno de otras de Schliemann:

«Para nuestras excavaciones —manifestó Mr. Shear— nos hemos servido de la descripción que de Atenas nos dejó el escritor Pausanias, quien la visitó el siglo II después de Cristo, y hemos utilizado su obra como libro de texto para nuestros trabajos.»

Addenda et corrigenda.

A diferencia del incitante sabor de ojos que suelen dejar la consulta de la mayoría de las guías turísticas, desoladora en extremo es la panorámica general que de su idolatrada Hélade pergeña Pausanias en su «Periegesis». Indudablemente bien a su pesar, constituye el suyo el triste y deshumanizado retrato de un país relegado al papel de vitrina museística. El chaparrón de leyendas, dimes y diretes referidos a mejores calendas, y la incesante enumeración de artísticos portentos, más o menos descalabrados, dejan entre sí intersicios que permiten vislumbrar el hecho de que sus andanzas se llevaron a cabo por yerros territorios, salpicados por poblaciones semidesiertas, estampa cuya credibilidad queda avalada por su rigurosa coincidencia con la imagen que de los mismos parajes, un siglo antes, en el de Augusto, nos legó su colega y paisano el «geógrafo» Estrabón, en realidad una periegeta de biblioteca como buen alejandrino y mucho más erudito que andarín.

También coinciden ambos autores en fosilizar sus respectivos relatos privándolos de palpito humano. Fuera de alguna alusión al ritual religioso y parecidos folklores, condena a estéril esfuerzo cualquier intento para segreggar de ambos textos indicaciones acerca de peculiaridades vitanes tales como el «ethos», costumbres y «modus vivenda» de los descafeinados helenos de sus tiempos respectivos, aunque el silencio —una vez más— bien pudiera obedecer a una deliberada omisión, más que justificada, habida cuenta de la familiaridad del romano con el marco ambiental en el que vegetaban los griegos hacía tiempo uncidos al yugo de su poder.

Como acontece en multitud de guías turísticas, perfectamente dignas del calificativo, la «Periegesis», a causa de la simplicidad objetiva que preside su redacción, hoy en día, de no ser para un especialista o para algún viajero amigo de exprimir sus jugos más íntimos a la piedra labrada, no es texto de lectura fácil ni amena. La salmodia monacorde que enhebra el cúmulo de informaciones que facilitan sus páginas, por su índole de catálogo, no es mucha la ayuda que presta al lector para permitirle imaginar al aspecto visual del objeto descrito. Este nada más que aparente defecto, al menos no lo es para un moderno escoliasta de la obra, que de la concisión de Pausanias extrae una interesante conclusión:

«Esta sequedad narrativa, la enumeración de obras y más obras artísticas, carentes de descripción adecuada, indica que Pausanias concibió su obra como una guía compañera del turista en su viaje, para mostrarle a dónde dirigir su vista; no tuvo intención de suministrarle informaciones que podía obtener con sólo mirar a su alrededor» (12).

La teoría, suponiendo que lo sea, no deja de tener su tanto de convincente. Lo que tiene peor justificación es que en terrenos menos estéticos y más prácticos, es decir, como vademecum orientador del viajero, Pausanias desmerezca lo indecible al mantener impenetrable mutismo acerca de cuestión viajera tan fundamental como son los alojamientos. Cualquier dato, sobre cualquier «pandokos xenostasis», que es como los griegos amantes del buen decir denominaron a lo que nosotros llamaríamos hoteles —por remoto que fuera el parecido— hubiera sido inestimable además de oportuno. No obstante, ni por equivocación menta alguno de los modestos «pandokoeia» o «stathmos» (parador para viandantes y cabalgaduras), en todo caso, ornadas sus humildes y hospitalarias entradas con un ramo de roble, emblema de Zeus Xenius, protector del viajero en tránsito por tierras ajenas, en cuyo interior es de presumir Pausanias rindiera más de una etapa en pos de alimento y reposo para proseguir su excursión.

Todavía hay más, o séase menos. En contraste con su más que aceptable información itineraria y caminera, peca de distraída y ocasional la atención que presta a materialidades de la ruta tales como los puentes casi todos ellos contruidos por los romanos, indudablemente, el pueblo más pontifical de los que han procurado hacer este mundo más transitable. Antes de su llegada a Grecia, los viaductos locales no fueron más que presas de tierra y piedras, barridas periódicamente por la embestida de las grandes riadas, construcciones improvisadas por gentes de arquitectura rectilínea y poco utilitaria, que mantuvieron al arco circunscrito a la geometría, la caza y la guerra, y reservaron el uso de la garbosa voluptuosidad de la curva para los capiteles jónicos, las ánforas y la estatutaria femenina. Parecida suerte sufre a manos de Pausanias algún acueducto que de paso menciona, de invariable factura romana también, a causa de la inclinación griega a ahorrarse enorme cantidad de trabajo situando a sus pueblos al costado de los manantiales.

(12) «Description of Greece». Introduction. W. H. S.: Jones. (Ed. Loeb. Cambridge. Mass.)

Otra sobresaliente deficiencia de la obra se produce en relación con el paisaje, noción aún no inventada en tiempos del autor. Pura y simple topografía es la forma que en su prosa adopta la naturaleza para hacer acto de presencia. Pero si Pausanias la reseña de modo peyoratorio y desnuda de lirismos —eso vendría tras muchos siglos de viajar— supo al menos animarla frecuentemente con algún toque oportuno de magia y maravilla. Como lo hizo a su paso por Corinto, al arribar a la vera del lago Alción, por el que Dyonisios descendió a los mismísimos infiernos paganos en busca de su madre Semele:

«El agua del lago es calma y quieta en apariencia —informa Pausanias con su gravedad característica—, pero aunque así lo parezca, cualquier nadador que se aventurara sobre sus ondas sería absorbido por el fondo de las aguas para perecer allí ahogado. No es grande el perímetro del lago, pues no pasará del tercio de un estadio, pero en cuanto a los ritos nocturnos que allí se celebran en honor de Dyonisios, no seré yo quien divulgue a profanos.»

Bien dicho, y aunque profanos, dichosos hoy, discreto Pausanias, los ojos que te leen. Porque con tanto decir, jamás olvidaste la justa cantidad de imprevisto —misterio al fin— que debiste insinuar y callar. Como para recordarnos que, por óptimo que sea, no hay libro, ni siquiera el tuyo, capaz de reemplazar a la aventura siempre diferente y personal de un viaje digno del calificativo de turístico.

R E S U M E

LUIS LAVAUUR: *Pausanias. Un guide touristique avec mille années d'antiquité.*

Un examen critique de la «Periegesis», de l'auteur grec Pausanias, texte rédigé pour l'usage des touristes romains qui visitent la Grèce dans le II^{ème} siècle.

Dans ce travail on analyse l'oeuvre en tâchant de rehausser sa haute valeur de témoignage comme preuve de l'existence du tourisme dans le passé, et mettant en évidence les surprenantes analogies qui se découvrent dans la morphologie et l'esprit du tourisme romain avec les manifestations modernes du phénomène.

S U M M A R Y

LUIS LAVAUUR: *Pausanias. A thousand years old tourist guide.*

A critical survey of the «Periegesis», by the Greek author Pausanias, text written for the use of Roman tourists visiting Greece in the II century A. D.

The book is analyzed emphasizing its high testimonial value as evidence of the existence of tourism in the past, underlying striking similarities in its spirit and forms with the modern manifestations of the activity.

ZUSAMMENFASSUNG

LUIS LAVAUUR: *Pausanias. Ein touristisches Reisehanbuch tausend Jahre alt.*

Die Arbeit ist ein kritisches Examen der «Periegesis», dessen Verfasser der Grieche Pausanias war. Das Text wurde für Anwendung der römischen Touristischen, die Griecheland im 2 Jahrhundert besuchten, abgefasst.

In der Arbeit wird dieses Werk analysiert und auch wird seinen hohen Zeugniswert als Prüfung für das Bestehen des Fremdenverkehrs in der Vergangenheit betont. Ebenfalls werden die überraschenden Analogien kundgegeben, die in der Morphologie und im Geist des römischen Fremdenverkehrs mit den gegenwärtigen Formen des Tourismus entdeckt worden sind.